REFLEXIONES DEL PRESIDENTE DE LA CEB

Mal de ojo

Cuidar nuestra salud física es importante y debemos hacer lo posible para evitar cualquier tipo de contagio que puede afectar no solo a nosotros sino a nuestra familia y amigos. Sin embargo, a veces no somos tan cuidadosos cuando se trata de nuestra salud espiritual y nos exponemos a virus letales que pueden destruir nuestras relaciones, producir heridas en el alma que son difíciles de curar. Pueden dañar nuestro matrimonio, alejar a nuestros amigos, corromper nuestro carácter y convertirnos en personas amargas y resentidas. Si dejamos que este virus espiritual se propague haremos que nuestro corazón se llene de odio y deseos de venganza, de violencia y destrucción.

Me estoy refiriendo al virus espiritual de la envidia. La envidia es el deseo profundo de querer tener lo que otro posee. La envidia es la tristeza por lo que otra persona ha logrado y que uno no tiene. A veces la envidia en lugar de tristeza produce enojo y resentimiento y despierta el deseo de dañar. Por eso los antiguos griegos y romanos la representaban con la figura de la cabeza de una mujer llena de serpientes. También los griegos empleaban la expresión “mal de ojo” para referirse al poder que tiene la envidia para hacer mal. Y para contrarrestarlo tomaban el barro que encontraban en el fondo de los baños públicos y lo colocaban en la frente de sus hijos. Otros se colgaban un amuleto de color negro, y hoy se usa la cinta roja que algunos atan en el paragolpes de su auto, o en sus muñecas. Se piensa que de esta manera uno puede alejar cualquier daño.

Esto se debe a que el envidioso no solamente quiere lo que otro tiene, sino, además procura hacerle un daño. Peor aún, a veces al envidioso no le interesa tener lo que uno tiene, sino el placer de quitar, de destruir o dañar.

La envidia no viene sola, tiene dos hermanos que la acompañan siempre, que son los celos y el egoísmo. Y aparecen desde muy temprana edad. Por ejemplo, con la llegada de un hermanito que recibe toda la atención, y el niño comienza a sentir celos porque ahora ya no lo atienden como antes. Cuando se le preguntó a un niño qué le parecía su nueva hermanita, dijo: “¡Tírala!”

Y el egoísmo no se queda atrás. Porque el egoísta carece absolutamente de interés por el bienestar de los demás. Todo lo que hace lo hace en beneficio propio. No le importan los problemas que otros tienen y se muestra indiferente al dolor ajeno y solo piensa en sí mismo.

Nunca seremos mejores personas o mejores cristianos si no hacemos nada para combatir dentro de nosotros estos virus espirituales tan destructivos que son la envidia, los celos y el egoísmo. Pero ¿qué podemos hacer? Para cualquier epidemia la ciencia médica busca encontrar una vacuna o un tratamiento para contrarrestar y detener el avance de cualquier enfermedad. Y para cualquier amenaza o enfermedad espiritual, nosotros los cristianos, contamos con el poder de la Palabra de Dios. Porque en Salmos 107:20 se nos dice que Dios "envió su palabra, y los sanó, y los libró de su ruina"

La Palaba de Dios nos dice que debemos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Porque el amor al prójimo es un poderoso antídoto para eliminar el virus de la envidia, de los celos y del egoísmo. Y donde se establece el amor, desaparece la envidia y todas las demás toxinas que envenenan nuestra alma. Para que el antídoto tenga eficacia, según la Palabra de Dios debemos amar sin fingimiento. "El amor sea sin fingimiento. Aborreced lo malo, seguid lo bueno" Literalmente el texto dice "El amor sea sin hipocresía (anipókritos) aborreciendo (o dejando) lo malo y adheridos a lo bueno"

Podemos notar que en el original griego no aparece un punto o una coma, sino que es una frase completa y queda así "El amor sea sin fingimiento aborreciendo lo malo y adhiriendo lo bueno" Y como podemos notar, el texto no sólo es una frase completa, sino que se emplea el gerundio: "aborreciendo" o "dejando" o "renunciando". Cuando el verbo aparece con la terminación "ando" indica que es un gerundio, es decir, habla de la duración y la simultaneidad, es decir, para que el amor no sea fingido o hipócrita uno debe estar quitando continuamente lo malo y apegarse a lo bueno. Es decir, debe pensar continuamente en cosas buenas de los demás.

Cuando uno piensa bien de los demás ya no tiene que fingir lo que no piensa o no siente. Porque al pensar bien uno actúa bien, saluda bien, trata bien, habla bien. Es totalmente genuino. Porque cuando uno se niega a pensar mal de otro, está cerrando la puerta a la envidia, a los celos o al egoísmo. Porque la

Palabra de Dios no solamente nos indica que debemos hacer o no hacer sino que nos indica el "cómo" hacerlo. ¿Cómo puedo yo amar sin fingir que estoy amando? Es simple. Debo amar rechazando cualquier mal pensamiento, cualquier idea mala, cualquier sentimiento negativo o tóxico contra otro, y dar lugar a los buenos pensamientos y sentimientos hacía los demás.

Esto requiere hacer un ejercicio. Debemos practicar y practicar si deseamos crear un hábito. Así como un músico profesional que debe practicar y repetir la ejecución de una partitura una y otra y otra vez hasta sacar el mejor sonido, hasta lograr la perfección, así también debemos repetir los buenos pensamientos sobre otros hasta crear en nosotros una actitud positiva. De esta manera ya nadie podrá acusarnos de hipocresía o que no somos sinceros, o que nuestro amor no es genuino, porque habremos logrado, a fuerza de practicar y practicar, un amor puro, sin escorias y sin siquiera una sombra de envidia o celos.

Además, para erradicar la envidia debemos amar con amor fraternal. "Amaos los unos a los otros con amor fraternal" Nueva Biblia Española "Como buenos hermanos, sean cariñosos unos con otros"

En octubre de 1995 ocurrió un caso médico que hizo cambiar las ideas y los conceptos del cuidado neonatal en los Estados Unidos y en otros países. Ocurrió cuando las gemelas nacieron prematuramente: Sus nombres eran Kyrie y Brielle Jackson. Al nacer fueron puestas en incubadoras separadas según el protocolo médico de los Estados Unidos para evitar el contagio o alguna infección, pero una de ellas estuvo al borde de la muerte por sus complicaciones cardíacas y respiratorias. Pero a alguien se le ocurrió colocarlas juntas en una misma incubadora, e inmediatamente su hermana la abrazó y la niña enferma comenzó a mejorar. Este hecho fue conocido como "el abrazo del rescate".

Para nosotros es un claro ejemplo de lo que significa el amor fraternal. A veces solo hace falta un abrazo para sanar, tanto física como emocionalmente.

Alberto Prokopchuk
Presidente